

LAS MENTIRAS.

EL PRINCIPIO VOLTERIANO.—LA LEYENDA DEL CURA MESLIER.—CÓMO Y POR QUÉ FUÉ CALUMNIADA LA MEMORIA DE PÍO IX.—LOS DISCURSOS SOBRE LA INQUISICION.—UNA RELIQUIA DEL LIBRE PENSAMIENTO.—RENOVACION DE CUENTOS ANTIGUOS.—TRADUCCIONES HECHAS DE MALA FÉ.—UN DOCUMENTO APÓCRIFO.—UNA BURLA.—ACUERDO SISTEMÁTICO DE LOS ESCRITORES ANTI-CATÓLICOS PARA LA DIFUSION DE LAS CALUMNIAS.

El principio fundamental de todo aquel que combate á la Iglesia, sea por la prensa ó por la palabra, es el siguiente:

“Cualquiera arma es buena contra la Religion y sus ministros. El clericalismo es un enemigo del que es necesario desembarazarse, sin fijarse en los medios. Dios es el mal, por consiguiente, todo lo que tiende á separar de Dios á los hombres, es

esencialmente bueno, sin que esto pueda ser considerado como un delito irreligioso. Hé aquí por qué la mentira, desde el momento en que tiene por objeto perjudicar á la Religion y á los eclesiásticos, es perfectamente lícita.”

Voltaire, ántes que otro alguno, ha hecho uso de esta arma desleal; puede decirse que la elevó á la categoría de una institucion. Él fué el primero que con gran cinismo, formuló esta abominable teoría, que copio textualmente:

“La mentira no es un vicio sino cuando nos causa mal; pero es una gran virtud cuando nos favorece. Sed, pues, *más virtuosos que nunca.*”

“Es necesario mentir como un diablo, no con timidez, no solo durante algun tiempo, sino ardientemente y siempre. Mentid, amigos míos, mentid.” (Carta de Voltaire á su amigo Fhiériot, de 21 de Octubre de 1736. *Obras completas de Voltaire*, edicion Garnier hermanos, 2.º volúmen de la correspondencia, página 153).

Así, pues (colocándose en el punto de vista de los enemigos de la Religion), dado que el mayor bien que se puede desear consiste en la destruccion total de la fé cristiana, mentir contra la Iglesia es practicar la virtud.

El escritor anti-clerical y el orador impío, están obligados á inventar todo lo que juzguen conve-

niente para el descrédito del dogma y el culto católico; la calumnia viene, pues, á ser un sacerdocio.

Diariamente se pone en práctica esta teoría en la prensa republicana y en la tribuna de los clubs, estando confiada su enseñanza á las Lógias de la Franc-masonería.

Cuando se verifica la iniciación masónica en el grado de Aprendiz, primer grado de ésta, el Venerable, dirigiéndose al recipiendario se expresa de la manera siguiente:

“La mentira es el relato de un hecho contrario á la verdad; pero decir mentiras es contarlas, no es mentir.” (*Ritual del Aprendiz Mason*, por el H.: Ragon, Venerable de la Lógia “Los Trinosophes” de Paris, segunda edicion adoptada por el Gran Oriente de Francia, página 37).

Así pues, cuando se descubre que un relato es falso, si tiene por objeto causar el desprestigio de los hombres y cosas de la Iglesia, se debe referirlo, reeditararlo y propagarlo; no es esta la mentira vituperable, no es lo que generalmente se llama mentir.

Lo mejor y aun más exacto es amplificar las mentiras que ya han sido contadas por otros.

Uno de mis antiguos amigos Leon Bienvenu, muy conocido en la prensa parisiense, ha escrito en el curso de una obra en que empleó todos sus

esfuerzos para hacer ridículo y odioso el Papado, el párrafo siguiente:

“Nunca podrán llegarse á conocer con exactitud todos los crímenes cometidos por los Papas; la relacion más exagerada que pueda hacerse de los que se conocen, estará siempre muy léjos de la verdad.”

Esta confesion está despojada de todo artificio, como se vé fácilmente. Este autor la dejó salir de su pluma con tono burlesco; no importa, ella conserva su valor porque es muy característica. Lo que Leon Bienvenu ha escrito en son de burla, lo hacen diariamente, aunque sin decirlo, todos mis ex-cofrades.

¡Oh! si cada cual viniese, como yo ahora, á confesar su parte de responsabilidad en las mentiras acreditadas cerca del pueblo ignorante, no quedaría nada de las calumniosas leyendas imaginadas por unos y amplificadas por otros.

Para reparar, en la medida posible, el mal de que he sido, ya autor, ya cómplice, estoy en el deber de confesar todas las mentiras que he escrito, creyendo, miserable insensato, hacer una buena obra conforme á la máxima de Voltaire y de la Masonería.

Una de las más atrevidas mentiras de los tiempos modernos es, sin duda la creación de ese extravagante personaje, el pretendido cura Juan

Meslier, quien segun decían, al morir habia renegado de la religion de que fué ministro.

La leyenda es á propósito para engañar á las personas incautas; por eso los anticlericales la explotan que es una maravilla.

Yo mismo me apresuré á editar en la librería de la calle de las Escuelas las obras del cura Meslier y 30,000 volúmenes lo ménos circularon entre el público.

Sin embargo, cuando pensaba en la reimpression de aquellas obras, ignoraba que la leyenda del cura incrédulo fuese una impostura. Las primeras dudas acerca de la autenticidad de la obra me vinieron al corregir las pruebas del primer tomo.

Una contradicción flagrante me llamó la atención, consulté y en seguida descubrí la verdad. Pero ya la edición estaba en prensa, y bien pensado, me dije que era de muy buen efecto engañar al público del siglo diez y nueve, siguiendo el ejemplo de Voltaire que engañó al público del siglo diez y ocho.

El cura Meslier, es pues, una invencion de Voltaire, ó, por lo ménos Voltaire la puso en voga. La primera idea fué del amigo Thiériot.

Thiériot comprendió que la religion recibiría un terrible golpe, si se publicaba una obra impía dándole como autor un cura de aldea. Tratábase pa-

ra salir bien, de presentar la obra como póstuma, no habiéndose atrevido el escritor sacerdote á causar semejante escándalo durante su vida.

A Voltaire agradó mucho la idea de Thiériot; sin embargo, hubiera querido poner en escena, no un cura vulgar, sino un obispo.

“¿Quién es ese cura de aldea de quien me hablais? escribía Voltaire á su cómplice, el 30 de Noviembre de 1735. ¡Es preciso hacerle Obispo de la diócesis de Saint-Vrain! (Obras completas de Voltaire, 2.º tomo de la correspondencia, página 555).

Thiériot juzgó sin duda, que si se atribuía la obra á un Obispo, la superchería sería en seguida descubierta. Así es que el filósofo impostor renunció á exagerar el escándalo; concluyó por contentarse con un modesto cura de aldea, lo más desconocido posible, á fin de que fuera más difícil descubrir la mentira.

Hallóse un pueblo casi inaccesible á los investigadores. Etrépigny, aldea perdida en el fondo de la *Champagne*. Se inventó que un sacerdote, de nombre Juan Meslier, habia sido cura de Etrépigny, el cual, muerto en 1733 habia dejado un testamento muy curioso, en el que pedia perdon á sus feligreses de haberles inducido en error, enseñándoles la religion durante su vida. El testamento lleva el título: *Extractos de los Sentimientos de Juan*

Meslier, dirigidos á sus feligreses, y fué escrito desde la primera línea hasta la última por Voltaire, cuyo estilo puede fácilmente reconocerse.

La primera edición se publicó en 1762; pero Voltaire tuvo el cuidado de ponerle fecha de veinte años atrás. El impresor escribió á la cabeza de la obra la fecha de 1742, y los lectores se imaginaron tener en las manos un opúsculo puesto en circulación de repente; y como el tiro se hizo en papel viejo, cada cual creía haber hecho un hallazgo.

Y Voltaire, al final del apócrifo documento, escribía con su habitual desfachatez:

“Hé aquí el resumen exacto del *Testamento de Juan Meslier*.”

“Júzguese de qué peso puede ser el testimonio de un sacerdote moribundo que pide perdón á Dios.”

Para mejor engañar al público, Voltaire no presentó á su cura imaginario como un ateo; era un deísta *sui generis*, que reconocía un sér supremo cualquiera; pero que consideraba al catolicismo como religión falsa. La impostura tuvo admirable éxito. Los filósofos enciclopedistas hallaron excelente la invención de Voltaire. Uno de ellos, el barón d'Holbach, se encargó de completar la obra del maestro en el arte de mentir: tomó uno de sus propios libros, obra materialista intitulada

el sistema de la Naturaleza, hé hizo de él *El Buen Sentido del Cura Meslier*, que se añadió al testamento.

Más,—sea dicho entre nosotros—es preciso que la necesidad popular no tenga límites; pues no es necesaria una lectura muy atenta para descubrir la superchería de los inventores de Juan Meslier. Aquella obra, tan extendida entre las clases populares, se divide en dos partes: el *Testamento* del pretendido cura, y su exposición doctrinal, *El Sentido Comun*. La primera parte es anticristiana; pero reconoce la existencia de un Dios; en una palabra, es deísta, al estilo voltariano: la segunda parte, por el contrario es descaradamente materialista y atea.

Esta fué la contradicción que me chocó al corregir las pruebas de la reimpression hecha por la Librería Anti-clerical. Me apresuré á desglosar el Testamento y lo reservé para un segundo tomo, con el fin de que la contradicción entre los dos colaboradores en impostura no se notase demasiado. Y de esta manera el Testamento fué reunido por mí á otra obra del baron d'Holbach, la cual formaba una se-diciente historia del clero, con el título de *Los Sacerdotes Sin Máscara*; el conjunto atribuido siempre al cura Meslier se publicó en un tomo escandaloso con este título. *Lo que son los Curas*.

Finalmente, un tercer tomo de d'Holbach, *La Moral Universal*, fué intitulado *La Religion natural* y completó la pretendida obra del cura de la *Champagne*.

Había yo amplificado la mentira de Voltaire.

En verdad, no sé como entre los 30,000 lectores de la edición de la calle de las Escuelas nadie conoció la superchería.

La prensa republicana, que no la ignoraba, prodigó en aquella ocasion mil alabanzas á la librería anti-clerical y ponderó la utilidad de la reimpression de las *obras de Juan Meslier*. Es verdad que nuestra casa de propaganda era muy considerada por los administradores de los periódicos demócratas; pagaba muy bien los *reclamos*; podría citar una agencia de estos que por tan amables inserciones en los periódicos correligionarios, cobraba entónces á nuestra caja sumas que variaban entre cuatro y seis mil pesetas al mes.

Puesto que con motivo de mis confesiones he tenido que hablar del seudo-cura de Etrépigny, no puedo ménos de contar la aventura ridícula acontecida á la Convencion, á propósito del imaginario sacerdote.

El 17 de Noviembre de 1793, un convencional, Anacharsis Clootz, aquel pobre loco que tomaba por lo sério las fábulas más absurdas y las más extravagantes utopias de la revolucion, aquel D.

Quijote de la filosofia naturalista, subió á la tribuna y propuso levantar una estatua á Juan Meslier, *el primer sacerdote, decia, que tuvo el valor y la buena fé de abjurar los errores religiosos*.

La proposicion se mandó pasar al comité de Instruccion Pública, el cual procedió á una informacion. Solo que fué imposible seguir el *admirable* proyecto; pues la comision descubrió sin pena que el cura apóstata no habia existido jamás. Sin embargo, como reconocer la verdad hubiera sido perjudicar al libre pensamiento y equivaldría á confesar la impostura de Voltaire y de d'Holbach, dejaron que el asunto cayese en el más completo olvido, y el Comité de Instruccion Pública no dió curso al informe.

Poniendo igualmente en práctica la máxima volteriana y masónica, participé en la organizacion de una de las mentiras más odiosas que han sido inventadas contra el papado. Me refiero á las infamias con las que se ha querido manchar la memoria de Pio IX.

Hacia ya algun tiempo que dos diputados del parlamento italiano, Petrucelli della Gatina y el conde Luigi Pianciani, se habian permitido hacer insinuaciones ponsoñosas acerca de la juventud del venerado pontífice.

Una calumnia se recoge siempre con avidez por los difamadores de profesion. Estos se apo-

deran del cuento más vulgar y lo arreglan y aumentan á su placer. La rana se vuelve en poco tiempo un buey. Algunos folletinistas oscuros tomaron como texto ciertas palabrillas maliciosas hechas á volar con dañada intencion, y de ellas formaron algunos infames libelos.

Esta clase de liberos se imprimen ordinariamente en Suiza y en Bélgica. Durante mi permanencia en Ginebra, conseguí algunos y los guardé como oro molido.

Un día, pues, se presentó ocasion de servirme de ellos.

Fué la siguiente:

Los impresores de Montpellier, que me habían ayudado en la publicacion de mis primeros folletos y en la creacion del *Anti-clerical*, se encontraban, en 1881 metidos en un negocio del que no sacaron más que desengaños.

Un rico propietario de Languedóc, M. de L***, consejero general de la provincia habla sacrificado doscientas mil pesetas en la fundacion de un periódico diario, liberal, á cinco céntimos, intitulado *Le Petit Eclairneur*. MM. Firmin y Cabirou, encargados de la impresion, compraron, al efecto, dos prensas mecánicas y *clichés*, es decir, hicieron un gasto de 30,000 francos, poco más ó menos. El negocio, en que estaban interesados, montóse en grande. Solamente la especulacion no sa-

lió bien. A vuelta de algunos meses, el órgano del liberalismo languedocense tiraba apenas cuatro ó cinco mil ejemplares y había derrochado cerca de ochenta mil pesetas del capital invertido.

MM. Firmin y Cabirou no sabían que camino tomar. No veían en el horizonte ninguna esperanza de éxito; habían contraído para la organizacion material del *Petit Eclairneur*, compromisos que estaban sobre sus débiles fuerzas; en una palabra, preguntábanse cómo podrían sacar partido aunque fuera bajo otras condiciones, de aquel negocio, para cuyo fomento tenían aún considerables fondos.

En su calidad de impresores, conocían la excelente situacion del *Anti-Clerical*.

Sabían, por otra parte, que mis escritos estaban muy extendidos, sobre todo entre mis compatriotas los meridionales. Formaron pues el proyecto de ponerme al frente de *Le Petit Eclairneur*.

Recibí su visita en Paris.

Aquellos señores me hicieron las más brillantes proposiciones. Ofreciéronme la redaccion en jefe del periódico con muy buen sueldo; todo el personal de colaboradores sería renovado á medida de mi deseo; veinte mil pesetas de capital en caja debían servir para lanzar de nuevo el periódico, y las cien mil pesetas restantes serían mi propiedad al cabo de un año, si el periódico tenía éxi-

to. La ganga no podía ser mayor. Además, yo no contraía la obligación de consagrarme exclusivamente al *Petit Eclairneur*, podía continuar dirigiendo el *Anti-Clerical* y escribir folletos y libros para la librería de la calle de las Escuelas.

Acepté, é inmediatamente firmamos el tratado. M. de L*** lo aprobó y me remitió los cien mil francos en acciones, representando la mitad del capital del periódico. A fin de que mis acciones pudieran ser convertidas en dinero, era preciso hacer que el periódico saliese avante de cualquier modo.

Comenzé por dar al periódico un título que caracterizaba su línea política: *Le Midi Republicain*. En seguida marché á Montpellier, llevando tres de mis colaboradores.

Uno de ellos se encargó del folletín, que debía ser inedito y escandaloso.

Entonces me vino la idea de utilizar los oscuros libelos recogidos en Suiza y que calumniaban la memoria de Pio IX. Yo fui quien dió la idea, y no la redacción, de la execrable novela, cuyo título me avergüenzo hoy de haber escrito.

Siendo la moralidad la virtud soberana de un Papa, era preciso representar al pontífice difunto como un hombre encenegado en los vicios. Hé ahí porque la novela difamatoria fué intitulada: *Los Amores Secretos de Pio IX.*

Además: tratábase de inventar un cura Meslier cualquiera; á fin de hacer más salada la burla inventamos un camarero secreto del Papa, á quien dimos el nombre de Carlos Sebastian Volpi, y la novela se publicó con esta apócrifa firma. A mayor abundamiento, escribí yo una carta del pretendido camarero, la cual se publicó á manera de prefacio y contribuyó á engañar más al público. En esto consistió toda mi colaboración. Se ve, pues, que si no fui yo el autor de la novela, debo no obstante reasumir la mayor responsabilidad ante la pública opinion infamemente engañada.

No tengo excusa alguna: la idea madre fue mía, todo el cieno de mentirosas anécdotas que el autor diluyó inventando personajes y aventuras, fué recogido y dado por mí.

Había logrado mis fines. El escándalo del folletín llamó la atención del periódico. Yo sostenía la circulación que éste había adquirido, con mis otros colaboradores, publicando mil artículos, todos famosos por su extremada violencia. Organicé un servicio telegráfico de primer orden, y *Le Midi Republicain* alcanzó rápidamente el primer lugar entre los periódicos de provincia mejor informados. Quince días después de su aparición vendíanse de veinte y seis á veintisiete mil ejemplares.

El periódico fué saludado por dos jefes de la democracia francesa.

Victor Hugo escribió lo siguiente á la redacción:

Paris, 20 de Abril de 1881.

Estoy con vosotros, queridos compañeros.

Estoy con todos aquellos que llevan la juventud hácia la luz, y Francia hácia la libertad.

“VICTOR HUGO.”

Luis Blanc me dirigió la siguiente carta:

Paris, 18 de Abril de 1881.

Mi querido compañero:

He sabido con gusto que piensa V. fundar en Montpellier, con el título del *Midi Republicain*, un periódico que tiene por objeto la union de los republicanos contra el clericalismo, y el estudio de los problemas sociales.

Toda mi simpatía está de parte de una obra tan bien definida.

Ánimo, pues.

Recibid la seguridad de mi fraternal afecto.

“LUIS BLANC.”

En una palabra, el éxito sobrepujó á todas las esperanzas de los propietarios del periódico. Los impresores estaban llenos de júbilo; el que dió los fondos comenzaba á recobrar las sumas que el *Petit Eclairneur* le había hecho perder.

Por lo que toca á los católicos del Languedoc, inútil es decir cuál fué su indignacion. Però es justo que alabe su conducta en aquellas circunstancias: su actitud fué muy resuelta. Las personas piadosas del Herault particularmente, levantáronse indignadas; cada cual se sintió herido con las abominables calumnias dirigidas contra una memoria digna de ser venerada. En ménos de tres semanas una protesta de las señoras de la diócesis de Montpellier fué firmada con más de dos mil nombres.

En resumidas cuentas; MM. Firmin y Cabiron no eran más que comerciantes y no se ocupaban en otra cosa que en la parte material del periódico. Ningun odio personal los animaba contra la Iglesia.

Cuando vieron las protestas que ocasionó la novela, me rogaron que la suprimiese. El *Midi Republicain* habia ya adquirido gran circulación, muchos lo apreciaban como hoja de noticias y sus artículos eran muy leídos.

Estoy en el deber de hacer esta declaracion en favor de los propietarios del periódico. Cuando